

## CAPITULO II

### ANTIGÜEDAD OCCIDENTAL

CONTINUACIÓN DEL ASPECTO PRIMITIVO DE LA CUESTION. — LA PLURALIDAD DE MUNDOS FUERA DEL MUNDO. — LUCRECIO. — OPINION DE LOS ANTIGUOS SOBRE EL UNIVERSO. — FICCIONES COSMOGRAFICAS ENTRE LOS GRIEGOS Y LOS LATINOS. — LOS PRIMEROS VIAJES A LA LUNA. — LUCIANO. — PLUTARCO. — DE LA FIGURA QUE SE VE EN LA LUNA.

La noción de la Pluralidad de Mundos es una noción tan natural, que el espíritu humano la poseía antes de que fuesen conocidos los primeros elementos de las ciencias físicas, y que se la proclamase con el acento de la convicción y del entusiasmo en tiempos en que no se hubiera podido y en que no se la pretendía sostener con ningún argumento científico. El raciocinio y la lógica bastaban para afirmar su base; y, sin salir de esta esfera, se había llegado á afirmarla y á defenderla con buen éxito.

Es singular y sorprendente, que esta creencia haya podido adquirirse fuera de la observación física, por consideraciones completamente extrañas á los conocimientos

cosmográficos. Hoy uno de los argumentos mas poderosos que podemos aducir para establecer nuestra doctrina es la semejanza de las otras tierras con la nuestra, y la paridad de esta con los demas cuerpos celestes entre los cuales ha sido lanzada sin ninguna distincion. Pues bien, no solamente esta idea de la similitud de los astros á la Tierra no ha sido invocada por los antiguos partidarios de nuestra doctrina, sino que fué eliminada y desechada por esta opinion: que los astros no son mas que resplandores fugitivos, alimentados segun muchos, de las emanaciones de la Tierra.

De manera que, para los antiguos de que hablamos, el mundo no se reducía á la Tierra sino que comprendía todo lo que le rodea, los aires, los cielos, las estrellas; y opinar que hay muchos mundos, no es decir que la Luna, Vénus ó Júpiter pueden estar habitados: es decir que mas allá de los límites de nuestro Mundo, mas allá de las estrellas fijas, pueden existir otras tierras como la nuestra, cubiertas por otros cielos. Es interesante para nosotros conocer estas clases de raciocinios. Lucrecio como cantor de la naturaleza y Plutarco como historiador, van á proporcionarnos acerca de esta materia los mejores ejemplos que toda la antigüedad pueda ofrecernos.

Para el ilustre autor del poema *De natura rerum*, para toda la escuela de Epicuro y para la mayor parte de los sensualistas, el Sol, la Luna y las estrellas son objetos tales como los vemos. « El disco del astro del día no es ni mas grande ni ménos luminoso de lo que revela á nuestros sentidos, porque en tanto que un cuerpo inflamado puede enviar hasta nosotros su luz y su calor, cualquiera que sea su distancia, esta no altera á nuestras miradas su forma aparente... Que la Luna brille con luz propia ó prestada, no atraviesa el cielo bajo una forma mayor que la que presenta á nuestra vista; porque al traves del espesor del aire, los objetos lejanos no ofrecen mas que un aspecto vago; pero el astro de las noches descubriéndonos sus límites con precision, es sin duda en los cielos lo que nos parece desde la Tierra... En fin, no es de admirar que suceda lo mismo con los

fuegos etéreos, puesto que todos los fuegos colocados sobre esta tierra, cualquiera que sea su distancia, no parecen sufrir mas que una ligera alteracion en su tamaño real, miéntras su luz vacilante llega hasta nosotros. Así tenemos una prueba de que los lumináres celestes apénas son mayores ó menores de lo que revelan á nuestros ojos (1). »

Sin necesidad de ampliar mas esta manera de ver, se reconoce la gran teoría expuesta por Lucrecio, segun la cual la Tierra está en su sitio natural en el centro de su mundo, miéntras las antorchas celestes no son mas que ornatos á ella pertenecientes. Sin embargo, el poeta canta la Pluralidad de Mundos, pero es en el sentido que hemos revelado mas arriba: « El gran Todo no tiene fin. Aquí, allí, bajo nuestros piés, sobre nuestras cabezas, el espacio es ilimitado. Yo te lo he dicho, y la voz de la naturaleza lo proclama. Así, en el espacio incommensurable que se extiende eternamente y en todos sentidos, si las innumerables olás creadoras de la materia, desde la eternidad, se agitan y nadan bajo mil formas variadas, al traves del Océano y del espacio infinito de (*spatium infinitum*), en su lucha fecunda, ¿no habian de haber producido *mas que el orbe de la Tierra y su bóveda celeste*? ¿Habría de creerse que *mas allá* de este Mundo un conjunto tan vasto de elementos se condene á un estéril reposo? No, ¡no! Si nuestro globo es la obra de la naturaleza, y si los principios generadores, por su propia esencia, conducidos por la necesidad, despues de mil y mil ensayos infructuosos se han unido en fin, se han modificado y han dado nacimiento á masas de donde salieron el cielo, las ondas, la Tierra y sus habitantes, conocen, pues, que, en el resto del vacío, los elementos de la materia han producido infinito número de séres animados, de mares, de cielos, de tierras, y sembrado el espacio de Mundos semejantes al que se balancea bajo nuestros pasos en las olas aéreas. »

« Además, ningun objeto nace aislado, único en su

(1) *De natura rerum*, lib. V, v. 563-592.

especie: tiene su familia, se clasifica en la cadena de los séres. Tal es la suerte de todos los animales. Todo nos prueba pues, que el cielo, el océano, los astros, el Sol y todos ésos grandes cuerpos de la naturaleza, léjos de ser soles, semejantes á sí mismos, están esparcidos en número infinito en las llanuras del espacio interminable; su duracion es limitada y como los demas cuerpos, han recibido el nacimiento, sufrirán la muerte... En el tiempo en que se formó nuestro mundo, en que la Tierra, las ondas y el Sol surgieron del caos, las olas superfluas de la materia arrancadas por todos los puntos del espacio, depositaron alrededor y fuera de los límites de nuestro globo reciente, elementos y simientes innumerables (1). »

Vemos pues, al representante reconocido y autorizado del materialismo mas completo proclamando la infinidad de Mundos en nombre solo de la razon. Nada de astronomía, nada de física, nada de causalidad. La Tierra y el Cielo, es un Mundo. Mas allá pueden existir otra tierra y otro cielo, otras tierras y otros cielos. Andando el tiempo, cuando el cristianismo haya venido á dar un nuevo aspecto á esta Tierra y á este Cielo únicos, oiremos á algunos teólogos emitir, pero discretamente, la misma idea.

Un siglo despues de Lucrecio, Plutarco, á propósito de la cesacion de los Oráculos, hacia una de esas largas digresiones extrañas á su asunto (que á menudo se encuentran en sus diversos tratados), y emitia sobre la Pluralidad de Mundos opiniones análogas á las precedentes, y cuya diversidad de argumentaciones, así como la sencillez de las razones invocadas, ofrece un interes útil á los aficionados á estas disertaciones.

Lamprias, hermano de Plutarco, que cuenta la plática tenida en Delfos sobre los oráculos, parece ante todo acordarse con fidelidad de Lucrecio, cuando empieza de esta manera su conversacion sobre los Mundos: « No es verosímil que exista un Mundo solo flotando aislado en un vacío infinito sin comercio ni relacion.

(1) *De natura rerum*, lib. II, v. 1047-1092.

Por otra parte, si nada es único en la naturaleza, ni hombre, ni caballo, ni astro, ni dios, ni genio, ¿por qué no ha de haber mas que un solo Mundo? El que objeto que no hay mas que una tierra sola y un solo mar, no echa de ver en estos objetos una similitud de partes que es evidente. Los que suponen empleada toda la materia en formar un solo Mundo, por temor de que lo que quedase fuera no perturbase, por su resistencia ó por sus choques, la armonía de la composicion; hacen mal de atemorizarse. En la suposicion de muchos Mundos, cada uno tendrá una medida determinada de materias y de sustancia, y nada quedará de superfluo que produzca desórden, ó caiga fuera de su esfera. La forma particular de cada Mundo conteniendo toda la materia que le ha sido asignada, no permite que ninguna de sus partes, errando al acaso, se escape de su seno para caer de un Mundo en otro. »

El narrador refuta en seguida la opinion de Aristóteles. Teniendo cada cuerpo, dice este naturalista, su lugar propio y natural, es necesario que la Tierra tienda por todos lados hácia el centro, y que el agua colocada encima de ella sirva de fundamento á las sustancias mas ligeras. Pero si hay muchos Mundos, sucederá que la Tierra, en muchos parajes, será superior al fuego y al aire, y que en muchos otros le será inferior. Otro tanto habrá que decir del aire y del agua, que unas veces ocuparán el sitio que la naturaleza les ha señalado, y otras estarán fuera del sitio que les corresponde. Pero siendo imposibles en su opinion estas hipótesis, cree que no hay ni dos ni muchos Mundos, sino uno solo compuesto de toda la materia que existe, y dispuesto segun las leyes de la naturaleza en razon de la diversidad de las sustancias. Estas razones gratuitas son fácilmente combatidas por Lamprías, que manifiesta que todo es relativo. Despues aplica á su tesis los notables ratiocinios siguientes :

« Sea cualquiera la causa que se dé por principio á estas afecciones, á estas vicisitudes de los cuerpos, contendrá cada uno de estos Mundos en el estado en que debe estar. Cada uno tiene su tierra y su mar; cada

uno tiene su centro particular, sus afecciones y mudanzas de los cuerpos, su naturaleza y sus facultades que le conserven y mantengan en su sitio. Lo que está fuera de ellos, sea que se lo suponga una nada ó un vacío infinito, no tiene centro. Pero como hay muchos Mundos cada uno tiene su centro propio, y por consiguiente su movimiento particular que lleva á ciertos cuerpos hácia el centro, aleja de él á los demas y los hace girar alrededor del centro mismo. Pero admitir muchos centros y pretender que todos los cuerpos graves tienden por todos lados hácia uno solo, viene á ser como si se sostuviese que la sangre de todos los hombres corre por una sola vena ó que todos los cerebros están cubiertos con una sola membrana. Seria tan insensato querer que existiese un Mundo en que la Luna estuviese colocada debajo, como si un hombre tuviese el cerebro en los talones y el corazon en las sienas.

« Pero no es absurdo suponer muchos Mundos separados unos de otros, cuyas partes sean igualmente distintas como lo son ellos mismos entre sí.

« En cada Mundo, la tierra, el mar y el cielo ocuparán el lugar mas conveniente á su naturaleza. Cada uno tendrá sus partes superior é inferior, su rededor y su centro, y este en sí mismo, y con relacion á sí mismo, no fuera de sí ni con relacion á otro. La piedra que algunos suponen colocada fuera del Mundo no puede fácilmente ser concebida ni en reposo ni en movimiento. ¿Cómo permanecerá inmóvil, puesto que tiene pesantéz? ¿ó cómo caerá hácia el Mundo, como los demas cuerpos graves, puesto que no forma parte de ellos? En cuanto á la Tierra que está contenida y adherida á otro Mundo, no hay que temer que su pesantéz la arranque del todo de que forma parte y la traiga á nuestro Mundo, puesto que se ve la fuerza con que cada parte está contenida en su estado natural. Si tomamos lo alto y lo bajo fuera del Mundo y no con relacion á sí mismo, caeremos en las mismas dificultades que Epicuro, que hacia mover todos sus átomos hácia los lugares que están debajo de los piés, como si el vacío tuviese piés, ó en el infinito se pudiese concebir alto y bajo.

« Por eso no puedo comprender lo que Crisippo tenia en su imaginacion cuando opinó que el mundo estaba situado en el centro, que su sustancia ocupaba desde toda eternidad este lugar, y que esta posicion habia contribuido mucho á asegurar su duracion y á hacerle en cierto modo incorruptible y eterno. Esto es lo que se lee en su libro cuarto de los *Posibles*, en donde ha imaginado este sueño ridículo del centro en el vacío, y en donde señalá todavía con mayor absurdo este centro imaginario por causa de la duracion del mundo. »

Si Plutarco fuese otra cosa que un historiador ó un moralista, habria derecho para admirarse de que desmoralizase de estos pasajes en que se manifiesta con juicio tan avanzado, pudiera caer en las ilusiones de que hablamos despues, en su *Tratado sobre la Luna*. En seguida pasa á una objecion sacada de la opinion de los estóicos, que llamando Dios á la naturaleza, el destino, la fortuna, la providencia, no podian multiplicar los Mundos sin multiplicar al mismo tiempo á esa divinidad de su imaginacion. Y aquí se eleva á la nocion del verdadero Dios. « ¿Qué necesidad hay, dice, de suponer muchos Júpiter porque haya muchos Mundos, mas bien que admitir para cada Mundo un Dios lleno de inteligencia y de razon, que lo dirige y lo gobierna, como aquel á quien llamamos el Soberano y el Padre de todas las cosas? O ¿quién impide que no dependan todos del destino y de la providencia de Júpiter y que le obedezcan; que este Dios supremo vele sobre todo, presida á todo y dé á todos los efectos que operan su principio, su germen y su causa? ¿No estamos viendo á menudo aquí un solo todo formarse de muchos cuerpos diferentes, cada uno de los cuales tiene seguramente su vida, su inteligencia, su actividad, como son una asamblea civil, un ejército, un coro de música? Este es el parecer de Crisippo. ¿Seria pues imposible que en el gran todo del universo existiesen diez Mundos, cincuenta ó ciento, que fuesen todos guiados por una sola inteligencia y estuviesen sometidos á un mismo principio?... Cástor y Póllux prestan auxilio á los que son maltratados por la tempestad; no necesitan subir al buque y participar de

sus peligros; les basta aparecer en lo alto de los aires y le hacen bogar con seguridad. (Trátase aquí del fuego de San Telmo, fenómeno eléctrico.) Así los dioses visitan á su vez dos diversos Mundos para gozar del espectáculo que ofrecen y para gobernar á cada uno por las leyes de la naturaleza... El Júpiter de Homero, añade aquí el filósofo haciéndose verdaderamente superior á sí mismo, el Júpiter de Homero no lleva léjos sus miradas cuando las aparta de la ciudad de Troya y las dirige sobre los Tracios y sobre los pueblos nómadas de las orillas del Danubio. Pero el verdadero Júpiter, paseando sus miradas sobre varios Mundos, tiene delante de sus ojos las revoluciones mas bellas y mas dignas de él. »

En la misma conversacion se examinan diferentes sistemas, y en particular el de Platon, que limitaba á cinco el número de Mundos, por consideraciones fundadas en la generacion de este número, en la propiedad de las cinco figuras geométricas fundamentales, en las cinco zonas que dividen la esfera y aun en los cinco sentidos y en las cinco facultades del alma. Estas son puras consideraciones de conveniencia, que no tienen interes aquí.

Pero no podemos dejar de referir la historia de aquel anciano del mar Rojo que enseñaba un sistema de ciento ochenta y tres Mundos.

Si ha de creerse á Cleombroto, no se manifiesta mas que una vez al año; lo demas del tiempo vive con las ninfas nómadas y los genios. « Cuando en fin lo hube encontrado, dice el narrador, me recibió con mucha cortesía y me permitió conversar con él. Habla dórico y su lenguaje tiene mucho de poesía y de canto; la fragancia que se exhala entónces de su boca embalsama todo el contorno. Jamas ha tenido enfermedad. Pasa su vida en el estudio de las ciencias; cierto dia del año solamente, está poseido de un espíritu profético, y se encamina á la orilla del mar, en donde predice el porvenir. Decia que Python no habia estado desterrado nueve años en Tempé, sino que habia ido á otro Mundo.

» Platon vacilaba entre un solo Mundo y cinco, añade Cleombroto. Los demas filósofos han tenido siempre la

multitud de Mundos, como si, no limitando la materia de ellos á uno solo, se cayese necesariamente en esa infinidad indeterminada y tan embarazosa. — Vuestro extranjero, le dijo Lamprias, ¿determinaba, como Platon, el número de los Mundos, ú olvidásteis sondearle sobre esta materia? — ¿Creeis, replicó el primero, que hubo nada de que yo no tuviese curiosidad de consultarle? Decia que no habia ni una infinidad de Mundos, ni uno solo, ni cinco, sino ciento ochenta y tres dispuestos en triángulo; sesenta en cada lado y uno en cada ángulo del triángulo; que se tocan unos á otros, y en su revolucion, forman una especie de danza. El área del triángulo es el foco comun de todos estos Mundos, y se llama el campo de la Verdad. Allí existen, en un estado de inmovilidad, las ideas ejemplares, las razones primordiales de todo lo que ha sido y será, y en torno de ella está la eternidad, de cuyo seno transcurre el tiempo en todos estos Mundos. Las almas humanas que han vivido bien son admitidas, una vez en cada diez mil años, á la contemplacion de aquellos grandes objetos, y los misterios mas santos que se celebran aquí abajo no son mas que una sombra de aquel espectáculo augusto.

Este bárbaro es á los ojos del narrador un verdadero Griego, á quien no era extraña ninguna ciencia. Lo que lo prueba, dice, es su sistema sobre el número de Mundos, que no es ni egipcio, ni indio, sino dórico. Ha nacido en Sicilia y ha tenido por autor á un tal Petron de Himera. Cleombroto no conocia la obra de este, pero refiere que Hippys de Reggio, citado por Phanias de Ereso, decia que estos ciento ochenta y tres Mundos se tocaban unos á otros por sus elementos. — ¿Qué quiere decir eso de tocarse por sus elementos?

Por extraña que sea esta opinion arbitraria de un número determinado de Mundos, no debe admirar á los que han tenido ocasion de observar cuán hábil es la imaginacion para crearse ideas y habituarse insensiblemente á estas creaciones individuales, que muy luego se fijan en el espíritu como otras tantas verdades demostradas. Por otra parte, hemos encontrado en cierto mundo bastantes espíritus débiles que habiéndose for-

jado los sistemas mas inverosímiles, los tenian por tan verdaderos y tan sólidos como los hechos adquiridos por la observacion científica.

Tiempo es ahora de echar una ojeada sobre las ficciones cosmográficas en la antigüedad griega y latina.

Estas ficciones, como todo lo que se refiere á las ideas de los antiguos sobre la naturaleza, son mas interesantes bajo el punto de vista histórico, que bajo el del científico ó filosófico; y su examen puede sobre todo demostrar cuán necesario era al hombre el análisis físico, y cuán susceptible es de errar cuando no tiene en la mano esta piedra de toque. A fin de no citar sino algunos ejemplos, preguntaremos á los primeros filósofos griegos cómo concibieron el principio de la generacion del Mundo. Tháles de Mileto nos responderá que el *agua* es el primer principio de los seres, que todo está compuesto de agua, y que todo debe disolverse en agua. Y como círculo vicioso, frecuente entre los antiguos, que tomaban á menudo por prueba de la solidez de sus aserciones datos mas inciertos y mas discutibles que estas mismas aserciones, entre estas pruebas se encuentra la idea enteramente gratuita que el fuego del sol y de los astros se alimenta de las exhalaciones del agua. Este modo de argumentacion se parece mucho al de Pitágoras cuando dice que la Luna es una tierra como la nuestra, porque está habitada. Sobre esta misma cuestion de principios, Anaximandro de Mileto los encontrará en el *infinito*: pero segun la delicada observacion de Plutarco (1), la desgracia es que no dice en qué consiste su infinito, si es aire, agua, tierra ú otra sustancia cualquiera. Anaxágoras de Clazomene encuentra el principio de todo en las *homeomerias*. Y ¿qué son las homeomerias? Son partes similares. Arquelao de Atenas decia que todo procede de la condensacion y de la rarefaccion del *aire*. Pitágoras de Samos asigna por principio del Mundo los *números* y sus proporciones. Heráclito é Hippaso de Metaponte han creído al contrario de Thales,

(1) *De placitis philosophorum*, lib. I, cap. III.

que todo viene del *fuego* y que todo debe resolverse en él. Epicuro creó en seguida los *átomos* impalpables. Empédocles admitió cuatro elementos y dos principios: estos dos principios eran la amistad y la discordia. Sócrates y Platon establecieron tres principios: Dios, la materia y la idea. Aristóteles creó la entelequia ó la forma, la materia y la privacion. Zenon admitió Dios y la materia, etc. Pero todos estos sistemas tenian cada uno su modo de argumentacion y estaba cada cual establecido sobre consideraciones más ó ménos especiosas.

¿Queremos saber ahora qué ideas se formaban de la disposicion del Mundo? En general suponian que la tierra está en el centro. Parménides la cubre con muchas coronas aplicadas una sobre otra, que son las unas de una materia densa, y las otras de una materia enrarecida. Leusippo y Demócrito envuelven el Mundo en una túnica ó membrana. Platon pone el fuego en el primer rango, despues el éter, el aire, el agua, la tierra. Aristóteles coloca el éter ántes del fuego. Epicuro admite todo esto junto. Sobre las *sustancias del cielo*, dice Anaxímenes, que la última circunferencia del cielo es de una sustancia terrestre, opinion que está acorde con la de Parménides. Empédocles cree que el cielo está formado de un aire vitificado por el fuego, semejante al cristal. En cuanto á las estrellas, eran consideradas generalmente como emanaciones de la Tierra. Xenóphanes decia tambien que eran ligeras nubes que se encendian por la noche y se apagaban por la mañana. Heráclides y los Pitagóricos se han elevado á su noción verdadera cuando han dicho que « cada astro es un Mundo que contiene una tierra, una atmósfera y un éter. » Pero Heráclides hizo mal en añadir que un habitante de la Luna habia caido en la Tierra. Platon en *Phedro*, describe extensamente las bóvedas cóncavas de que cree están formados los cielos, y no ve en el universo estrellado mas que una creacion destinada á los habitantes de la Tierra. — No hay Capharnaum (1) semejante á la confusion de estas ideas.

(1) CAPHARNAUM, nombre de una ciudad de la Palestina, célebre

Acerca del *Sol*, dice Anaximandro que es un círculo veintiocho veces mayor que la Tierra, que su órbita es semejante á la rueda de un carro, que está hueca y llena de fuego, y que tiene en una de sus partes un orificio por el cual salen los rayos luminosos como por el agujero de una flauta. Hay eclipse cuando el orificio se encuentra cerrado. Anaxímenes da al sol la figura de una lámina. Los Estóicos pretenden que es un cuerpo dotado de razon. Anaxágoras supone que es una piedra ardiente mas grande que el Peloponeso. Demócrito y Metrodoro piensan lo mismo, pero Heráclito cree que no tiene mas de un pié de largo, y que tiene la forma cóncava de una navecilla. Hay eclipse cuando la navecilla se vuelca. El pitagórico Philolao emite el parecer de que es una sustancia trasparente como el vidrio, que recibe la reverberacion del fuego de que está lleno el mundo. Empédocles afirmaba la existencia de dos soles. Xenóphanes decia que el sol es una reunion de fuegos pequeños producidos por las exhalaciones húmedas, que se extinguen algunas veces (en los eclipses) para volverse á encender al momento, etc., etc.

La abundancia de las materias es tan grande, que abusariamos verdaderamente del valor del tiempo si diésemos libre curso á estas reminiscencias. El examen retrospectivo de estas ideas tan diversas puede al ménos servir para ilustrarnos sobre el valor de las ciencias positivas modernas.

Se ve que no faltaba campo para las ficciones cosmográficas.

El cielo, la tierra y el mar habian sido revestidos por la brillante imaginacion de los Helenos de una mitología graciosa; y ya se adopte la explicacion de Evhemero sobre el origen puramente histórico de los dioses, ya se considere el politeismo, cual lo hemos hecho en el capítulo anterior, como el resultado de una personifica-

por haber morado en ella Jesus, y por la curacion del Centurion. Pero ¿por qué capricho de lenguaje se ha dado á Capharnaum, en sentido figurado, la significacion de Lugar de desórden ó confusion?

(El Trad.)

cion lenta de las fuerzas de la naturaleza; se advierte que en Grecia sobre todo, las abstracciones y las ideas tomaban pronto cuerpo y se manifestaban luego bajo formas sensibles. A fin de esparcirse mejor, la sabiduría se habia ocultado á menudo bajo la máscara de la fábula y de la ficcion poética; y así en aquellos tiempos apartados como en nuestra época, los escritores presentaron frecuentemente la historia bajo el ropaje de la novela; y hubieran sido dichosos si no hubiesen distraído nunca la verdad para vestirla á su manera. Además, la utilidad moral de estos relatos fabulosos se reconoció desde Hesiodo hasta Plutarco; y desde la edad que vió nacer la *Theogonia* hasta la que recibió el agradable diálogo de Ulises y de Grylo sobre el espíritu de las bestias, se vieron aparecer, según los períodos, ficciones ingeniosas ó sencillas cuyo éxito prolongó su eco hasta nuestro tiempo. Aceptáronse algunos mitos, propálanse narraciones fabulosas, el apólogo esópico tuvo numerosos imitadores, dividieronse las fábulas en libicas, sibiríticas, cilicianas, cyprias, lidias, cárias, egipcias; Platon dió su ficcion de *Her el Armenio*, Herodoto, Xenophonte y Ctesias mezclaron la novela con la historia; cada período tuvo sus logógrafos y sus mitógrafos; y mientras que Tucydides fundaba la historia verdadera, sus sucesores Timeo, Phylarco é Isócrates bogaban en plena ficcion. Theopompo contaba las maravillas de la *Tierra de las Merope*s, vasto continente fuera de nuestro Mundo, según relacion de Sileno, donde la talla de los animales y de los hombres es doble de la que conocemos, y la vida posee doble duracion. En los confines de esta tierra se encuentra una sima llamada el *Anostos*, llena de un aire rojo que no es ni la luz ni las tinieblas; allí corren los rios del Placer y de la Pena, en donde crecen árboles cuyos frutos ofrecen propiedades tomadas de cada uno de estos rios. Ya Platon habia descrito la *Atlántida*, que geógrafos como Posidonio y Ammiano Marcelino consideraron como histórica, y que escritores de todas las épocas tomaron por lo serio, desde Philon el platónico hasta nuestro infatigable Bailly. La imaginacion creó mas allá de los

límites del mundo conocido tierras nuevas que retrocedieron sin cesar á medida que la geografia extendió los límites de sus conquistas; historiadores, filósofos y noveladores sacaron diversos partidos de esta facultad de creacion, que á veces les proporcionaba excelentes representaciones escénicas.

La novela del período antiguo se continúa durante el período alejandrino. « La geografia, dice M. Chassang, ha tenido filósofos que, celosos de presentar sus teorías realizadas en parte, creaban tierras expresamente, y á menudo obtenian mas crédito por sus invenciones geográficas que por el resto de sus desvarios. En todo tiempo se ha dado un gran interes á las relaciones de viajes: el hombre se siente naturalmente atraído hácia lo desconocido y extraordinario; y por reflexion solamente busca la verdad y discute sobre la verosimilitud de las relaciones que le cuentan. »

Entre las novelas filosóficas sobre las regiones fabulosas, citaremos los *Attacoros* de Amomet, los *Hyperbóreos* de Hecateo de Abdera, la *Isla Afortunada* de Iámbulo y la *Panchaia* de Evhemero. La primera parece tener la India por origen; es la pintura de una vida brahmánica. En la segunda, que como lo indica su nombre, se refiere al círculo boreal, « mas allá del punto de donde sopla Bóreas » bajo la constelacion de la Osa, habitaban los adoradores de Latona. Leyendo á Diodoro de Sicilia, se inclina uno á creer que el autor de la ficcion conocia el cielo lunar de diez y nueve años. La *Panchaia* de Evhemero, desechada, como es sabido, por los monoteistas lo mismo que por los politeistas, contaba los reinos de Júpiter, de Saturno y de las demas divinidades del Olimpo. Iámbulo, al llegar á la Isla Afortunada, ve al ménos alguna cosa nueva. Sus habitantes son hombres muy diferentes de nosotros; su estatura era de cuatro codos, sus huesos elásticos, su cráneo sin cabellos; las ventanillas de la nariz guardadas de una excrecencia semejante á una epiglottis, su lengua bifurcada en la raíz, de manera que expresaba mayor variedad de sonidos y les permitia conversar á la vez con dos personas.